VENTURA DE LA VEGA

LA RONDEÑA

ZARZUELA

EN UN ACTO Y TRES CUADROS, EN PROSA Y VERSO, ORIGINAL

MÚSICA DEL

MAESTRO FUENTES

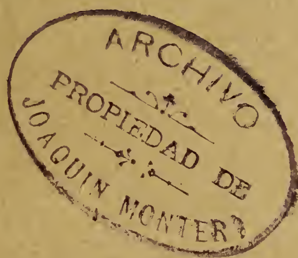




MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1906

LA RONDEÑA



LA RONDEÑA

ZARZUELA

EN UN ACTO Y TRES CUADROS, EN PROSA Y VERSO

ORIGINAL DE

VENTURA DE LA VEGA.

MÚSICA DEL

MAESTRO FUENTES

Estrenada en el TEATRO REAL de Gibraltar, la noche del 10 de Noviembre de 1904, y en el NUEVO TEATRO de Barcelona el 12 de Mayo de 1906





MADRID
G. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551

1906

¡A mi madre!

A la pobrecita ciega de mi alma,

su hijo

Ventura.

REPARTO

	EN BARCELONA	EN GIBRALTAR
MARÍA JESÚS.........	Srta. Taberner (C.)	Sra. Millanes (C.)
DOÑA JOSEFA.........	Sra. March.	Sacanelles.
DOÑA ANTONIA.......	Srta. Meléndez.	Guillén.
ISABEL................	Sra. Sixto.	Marín.
DON JOSÉ.............	Sr. Alfonso.	Sr. Vega.
JOSÉ MARÍA...........	Valle.	Real.
DON ALBERTO........	Serrano.	León.
ENRIQUE..............	Fernández.	Alarcón.
FEDERICO.............	Peral.	Palanca.
CARLOS................	Mauri.	Sánchez.
UNA VOZ..............	Querol.	Larrica.

Coro general (dentro)

La acción en un pueblo de la Serranía de Ronda
Época actual

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

La escena representa el interior de una casita de pueblo en Andalucía. En el telón de fondo, habrá una puerta en el centro y á cada lado de la puerta una reja con sus correspondientes flores. Puertas laterales. En primer término derecha, una mesita de tresillo y dos candeleros con velas apagadas y sus correspondientes pantallas verdes; un platito, dos barajas, ficheros con fichas, el libro del tresillo, en fin, todo lo que hace falta para jugar á tan noble juego. Alrededor de la mesa, convenientemente colocados, aparecen jugando don José, don Alberto, Carlos y Federico. A la izquierda y de costado al público, dos mecedoras, en las que estarán sentadas doña Josefa en la segunda y doña Antonia en la primera, murmurando. En el centro y de frente al público otra mecedora donde estará Isabel y á su lado Enrique en una silla. Es la caída de la tarde. Por la puerta y rejas se ve el campo.

ESCENA PRIMERA

Los personajes antedichos y MARÍA JESÚS cantando dentro izquierda

Música

MAR. (Dentro.)
Compañero de mi vía,
compañero, compañero.
Te quiero más que á mi mare,
ya ves si te estoy queriendo.

Recitado con la orquesta

(Enrique presta gran atención cuando canta María Jesús.)

Jos. (Cómo canta la pájara.) (A doña Antonia.)

Ant. (Con malicia á doña Josefa.) (Y qué expresión le da á sus canciones.)

Jos. (Es que van dedicadas al teniente.)

Ant. (¡Parece mentira!)

Cantado

Mar. Tengo la mar de fatigas
por ver tu cara serrana
y oir lo que tú me digas.
¡Ay!

José (Recitado.) ¡Olé las mujeres cantando!

Enr. ¡Deliciosa armonía!

Cantado

Mar. Mira si te quiero,
que no sé lo que me hago
el día que no te veo.
Compañerillo e mi arma
ya ves si te estoy queriendo.

Hablado

José ¡Olé, olé y requeteolé!

Jos. Gracias á Dios que terminó la ópera. Nos ha levantado un dolor de cabeza mayúsculo.

Enr. Pues á mí me deleita oirla cantar.

Isabel Y á mí también.

Enr. Soy muy aficionado al sentimiento melódico de las dulces canciones de este bello país. Canta bien y me complace infinito oirla.

Ant. (Con marcada intención.) ¡A usted le gusta mucho!

Jos. (Idem.) Sí, sí: es usted muy aficionado... á cantar... y á tocar.

ENR. Pero cosas... nuevas; no me gustan las viejas. (Vuelve por otra.)

ANT. (Burlándose.) Pues, hijo, lo sentimos, porque yo, por lo menos, pretendía gustar á usted.

ENR. Me refiero á los objetos: no á las personas. Líbreme Dios de inferir á ustedes semejante ofensa. (¡Qué imprudentes y qué malas son estas señoras!)

ISABEL (Si llega usted á casarse tendrá usted un miura en vez de suegra.)

JOS. (¡Ya ve usted con qué entusiasmo habla de la muchacha! ¡Anoche le sorprendí en la ventana de su cuarto!)

ANT. (¿Qué me dice usted?)

JOS. (¡Lo que usted oye!)

ENR. (A Isabel.) (De nosotros hablan.)

ANT. (¿Y no le ha dicho usted nada á su marido?)

JOS. (¡Se lo pienso decir esta misma noche!)

ANT. (¡Y hará usted muy bien, porque, hija mía, un hombre así, es un peligro!)

JOS. (¡Nos persigue á todas!)

ANT. (Muy contenta.) (¿De veras?)

JOS. (¡A todas... las que puede!)

ANT. (¡Ah!)

JOS. (Mire usté á la derecha, con disimulo. ¿Ve usted la Isabelita? Parece que le ha sorbido el seso.)

ANT. (Ya, ya: ¡y con qué descaro! ¡Bien podían elegir otro sitio para sus cuchicheos!)

JOS. (Yo ya se lo hubiera dicho, pero hija... ¿quién se pone mal con el ejército?)

ANT. (Estos militarcitos son atroces.)

JOS. (A mí no me gusta murmurar, pero yo creo que la Isabelita y el teniente... se entienden.)

ANT. (Y el marido...) (Los jugadores traen una lijera discusión mímica. Carlos da un golpecito sobre la mesa advirtiendo á don José la jugada.)

CAR. La cuarta.

JOS. (El marido, tonto, loco y ciego...)

CAR. (A don José que vacila en jugar.) ¡Ríndase usté, hombre!

JOS. (Diciendo á todo el mundo...)

JOSÉ ¿Quién lo quiere?

JOS. (¡Que su mujer es una *virtud* á prueba de bomba!)

ANT. (¡Sí, sí!)

JOS. (A prueba, no diré yo que no, pero lo que es de bomba... ¡El teniente es de Infantería: já, já!)

ANT. (¡Já, já! ¡Qué doña Josefa!) (Después de decir don José «Quien la quiere» baraja don Alberto, da las cartas y se pone á ver las que le ha dado á don José. La colocación de los jugadores será la siguiente: Espaldas al público don Alberto; á su derecha don Jose, y á su izquierda Carlos; frente á don Alberto, Federico.)

ALB. Vamos á ver ese solito.

JOSÉ ¿Ya empieza usted con su manía?

ALB. ¿Qué manía, hombre? Ese es un solo como una casa.

ANT. (¿Y él no es andaluz?)

JOS. (¡De Soria! Castellano viejo.)

ANT. (Viejo, ya se le nota; lo que yo no sabía es que fuera castellano.)

ENR. (Parece que murmuran de nosotros.)

ISABEL (No haga usted caso: al freir será el reir, como dice el refrán.)

JOSÉ ¡A bastos! (Don José indicó que jugaba y al hacer el descarte, indica el nombre de triunfo.)

CAR Voy á darle codillo.

FED. Vaya usté, vaya usté. (Se descartan y roba primero Carlos, luego Federico. Alberto coge el descarte y lo coloca sobre el platillo.)

ALB. (Viendo las cartas á don José.) ¿Ve usted? ¡Se ha puesto usted peor! ¡Sí, eso era solo!

JOSÉ Que me he de poner.

ALB. Debió usted jugarlo solo.

JOSÉ ¡Pero si yo voy buscando la bola!

ALB. ¡Pero degüella usted un solo!

JOSÉ ¡Qué manía!

CAR. Salga usted, don José.

ISABEL (A doña Josefa.) ¡Já, já! Ya está su marido de usted con la manía de los solos.

JOS. (Con mala intención.) Y el de usted con las bolas.

ANT. (A doña Josefa, burlándose) (¡Será embolado! ¡Já, já!)

JOS. (Celebrando la gracia de doña Antonia.) ¡Já, já, já! ¡Qué doña Antonia ésta!

ALB. (A don José.) ¡Codillo!

JOSÉ ¡Juego fuera, hombre!

ALB. ¡Codillo!

JOSÉ (Enfadado.) ¡Narices!

FED. Pero, ¿juegan ustedes?

ALB. ¡Codillo!

JOSÉ ¡No diga usté disparates, hombre!

ALB. ¿Qué no? ¡Le hacen á usted las dos falsas, le fallan los reyes, le pisan un triunfo y se queda usté con el estuche pelado!

JOSÉ Pero, hombre, ¿por qué no enseña usted las cartas?

CAR. Pero, ¿jugamos ó no jugamos?

ALB. Cuando yo le decía á usted que era solo, ó si no, verá usted. (Le quita las cartas á don José y se las enseña á Isabel.) ¡Isabel!

JOSÉ ¡Se empeñó!

ALB. (A los de la mesa.) ¡Con permiso, señores!

CAR. (¡Qué lata!)

ALB. Isabel, usted que sabe jugar, mire usted qué solo degüella su marido. ¿Ve usted?

ISABEL (Mirando.) Pero hijo, por Dios, si le falta el basto.

ALB. ¡Mire usted, mire usted bien!

ISABEL Ah, sí. ¡Pues es cosa rara, porque el basto, le favorece muy poco á mi marido: siempre juega sin él!...

JOSÉ Yo en viendo la espada .. ya estoy jugando.

ISABEL Y yo. A mí también me gusta mucho la espada.

JOS. (Con mala intención.) ¡Ya, ya se conoce.

ISABEL (Imponiéndose ofendida.) ¿En qué?

JOS. (Con fingida inocencia.) Hija, usted lo acaba de decir. (Se ha picado.)

ALB. Mire usted, doña Antonia. (Enseñándole las cartas.)

ANT. ¡Hijo, yo no entiendo ese juego!

JOSÉ (Cogiéndole las cartas y asomándose á la puerta del foro con ellas.) Traiga usted. ¡Vecinos! ¡He degollado un solo! ¡Mírenme ustedes las cartas!

TODOS ¡Já, já!

ALB. ¡Este don José tiene unas ocurrencias!...

JOS. ¡Ya lo creo! (Lo primero que se le debiera ocurrir, es que su mujer le pone en ridículo con el teniente. A mí no me gusta murmurar.

JOSÉ Vaya, ¿me deja usted jugar, ó no?

ALB. Sí, hombre, sí. Dispense usted, Enrique, que antes no le enseñara á usted las cartas.

ENR. Hizo usted muy bien: no hubiera podido apreciar nada. No tengo ningún vicio.

JOS. (Conocido.) Caramba. ¡Es usted muy bueno!

ENR. Sí, señora, muy bueno, aunque usted no lo crea.

JOS. ¿Yo? ¿Y por qué no lo he de creer?

ENR. Como siempre me habla usted con retintín.

JOS. ¿Yo? ¡Hijo, es usted muy malicioso!

ENR. Quizás lo sea. (¡Demonio con la señora. Esto es insufrible!)

JOS. (La conciencia.)

ENR. (¿Usted ha visto?)

ISABEL (Sí, amigo Enrique, y á pesar de todo eso, es preciso que repare usted su falta.)

ENR. (Ya lo hubiera hecho, pero Luisa teme á sus padres, y al escándalo. Sobre todo, al escándalo.)

JOSÉ Arrastro.

ENR. (Yo también tengo miedo á emparentar con esa víbora.)

ISABEL (Pues ya no hay más remedio.)

ENR. (Sí, pero...)

JOSÉ Arrastro.

ENR. (Qué arrepentido estoy.)

JOS. (¿Ve usted cómo cuchichean?)

ANT. (¡Sí, sí!)

JOS. (Y el marido arrastrando.)

JOSÉ (Enseñando la última carta con la que pretende hacer la novena baza que completa la bola.) ¿A ver?

CAR (Cortándole la bola.) ¡Aquí, á treinta! ¿Eh, qué tal? ¡Si no me llego á quedar á espadas!

FED. }
ALB. } ¡Bravo! ¡Bien!
CAR. }

JOSÉ Bueno, no juego más; es la tercera bola y ya tengo bastante.

ANT. (El mismo lo confiesa.)

ISABEL Es natural, siempre juega sin triunfos.

JOSÉ Pero, hombre, si es que este don Alberto me pone la cabeza hecha un bombo.

ALB. Pero si usted se empeña en degollar solos.

JOSÉ Bueno, bueno; ajustemos cuentas. Me debe usted...

CAR. Una sesenta. Deme usted una cuarenta y le debo tres pesetas.

JOSÉ No hombre; deme usted una sesenta y estamos en paz. (Tiene gracia.)

CAR. Mañana ajustaremos cuentas.

ENR. Con permiso de ustedes me retiro.

TODOS (Menos Josefa y Alberto.) Y nosotros. (Se levantan, cogen los sombreros y se disponen á marchar.)

JOS. ¿Tan pronto?

ISABEL Ya se va haciendo hora de hacer por la vida.

CAR. Y yo también.

JOS. Pues, hasta mañana.

JOSÉ Quizá venga después un rato.

JOS. Cuando usted guste.

ALB. Y si quieren cenar con nosotros...

ISABEL Muchas gracias; tengo convidado á Enrique.

JOS. Ya, entonces...

ANT. Hasta mañana.

CAR. (A Antonia.) Vamos.

FED. Adiós, señores.

ISABEL (Desde la puerta á don José que estará hablando con don Alberto.) ¿Vamos, José?

JOSÉ (Después de cenar, hablaremos.)

ALB. (Bien, bien.)

ISABEL ¿Vamos, José?

JOS. Que le llama á usted su señora.

JOSÉ ¿Eh? Ah, sí. Estaba distraído. ¡Abur! (Todos suben al foro y se saludan y despiden hablando al mismo tiempo. Doña Josefa los acompaña hasta la puerta. Don Alberto se coloca en la reja de la derecha y cuando pasa le dice á don José lo siguiente:)

ALB. Desengáñese usted, que aquel juego era solo.

JOSÉ (Dentro hasta que se pierde la voz.) Vamos, hombre, vaya usted al demonio. Figúrate tú que eran cinco triunfos de estuche... salgo de...

ESCENA II

ALBERTO y JOSEFA

ALB. ¡Já, já! (Bajando al proscenio.) ¡Cómo me gusta hacerle rabiar! Ahí va el hombre hablando del estuche...

JOS. Más valiera que se cuidara del otro estuche. Del estuche que le pone en ridículo.

ALB ¡Cómo!

JOS. ¡De su mujer!

ALB ¿Qué dices?

JOS. Lo que oyes. ¡La tal Isabel! Ya habrás observado el continuo cuchicheo que se trae con el teniente ese.

ALB. ¿Tú sabes lo que dices? Isabel es incapaz de semejante infamia. Isabel es una persona honrada.

JOS. No es bastante serlo, hay que parecerlo. A mí no me gusta murmurar... pero...

ALB. Pero murmuras.

JOS. Sí, que después de todo tendría mucho de particular que el teniente la enamorara. Es un seductor: ya sabes que tuvimos que mandar á nuestra hija con tu hermana á Málaga, á ruegos de ella, porque el teniente la perseguía sin descanso: y lo más horrible, lo más inicuo y vergonzoso, no lo sabes aún.

ALB. ¡Me asustas!

JOS. Pues oye y juzgarás, que la cosa es más grave de lo que parece. María Jesús y el teniente están en relaciones.

ALB. ¿Qué?

JOS. En relaciones ilícitas...

ALB. ¿María Jesús?

JOS. Anoche, sin que ella notara lo más mínimo, me levanté: fuí hasta la puerta de su habitación y la oí hablar con un hombre.

ALB. ¿En su habitación?

JOS. El estaba en la calle. Ella decía sollozando: «¡deshonrada, qué vergüenza! ¡Si mis amos

lo supieran! ¡Dios mío!» Ya ves tú su conducta.

ALB. Tú has oído mal. María Jesús es buena como un ángel.

JOS. Para tí todas son ángeles.

ALB. Y para tí demonios. Es preciso observar... no se puede juzgar precipitadamente: hay que tener una seguridad.

JOS. ¿Te parece poco todavía sus palabras y sus suspiros? Ya hace tiempo que venía yo sospechando.

ALB. ¡Ah! Si fuera cierto, saldría de esta casa para siempre: triste sería después de haberla criado como si fuera nuestra hija, pero no habría otro remedio. La dignidad ante todo.

JOS. Tienes razón, la dignidad ante todo. Yo no puedo tener á mis servicios una mujer perdida. Que el teniente es un seductor tengo la completa seguridad.

ALB. ¿Te ha querido seducir también?

JOS. Déjate de bromas. Si no hubiéramos mandado á nuestra hija con sus tíos, quién sabe si la hubiéramos podido libertar de sus garras. ¡Pobre inocente!

ESCENA III

DICHOS y MARÍA JESÚS, por izquierda. Sale corriendo y se asoma á la puerta, como hablando con alguien

MAR. Ya es suya, ya es suya: déjasela, chiquillo.

LOS DOS ¿Eh?

MAR. Asín; eso es: luego te daré una cosita porque has sío güeno.

JOS. ¿Qué es eso?

MAR. El chiquillo del herrero, que había cogío una paloma y se la quería quitar *Manoliyo* el gitano: lo vide yo dende la ventana del comedor y salí corriendo pa que se la dejara. (María Jesús enciende una palmatoria de las que están sobre la mesa del tresillo.) ¡Ah! Dice Sagrario que ya puén ostés dir á cenar.

ALB. Ya vamos.

JOS. (Mírala, parece que no ha roto en su vida un plato.)

ALB. (No puedo creer que esa muchacha sea de ese modo.)

MAR. ¿Pero no van ustedes?

JOS. (Trata de echarnos.) Ya vamos.

ALB. (No lo puedo creer.)

JOS. (Ya te convencerás.) (Se marchan por la izquierda mirándola.)

ESCENA IV

MARÍA sola

Válgame nuestro Pare Jesús y qué mirás me han echao los dos. Parecía que me querían tragar con la vista.

Música

¡Ay!
Yo tengo en mi pecho
un nido de amores.
Yo me he vuelto loca
de amor por un hombre:
que en el mundo no hay otro
con más alegría
ni que tenga más gracia
y más garbo
que José María.
Son ricas mieles
toas sus palabras,
y con sus ojos negros
me roba el alma.
¡Cuándo llegará aquel día
en que juntitos estemos
pa estar viéndole *por vía*
y más no nos separemos!
Como no tengo pare ni mare,
él es en el mundo tan solo
quien puede ampararme.
¡Válgame la Virgen pura!
¡Válgame la Soledad!

El es toda mi ventura,
mi delirio, mi locura;
él es mi felicidad.
El y ná más.

Hablado

¡Dios mío de mi alma!

ESCENA V

DICHOS y ENRIQUE foro izquierda

ENR. ¡María, María Jesús!

MAR. ¿Qué hay, señorito?

ENR. Malas noticias: estaba deseando verte á solas para decírtelo. Acabo de recibir carta de tu señorita: la pobre Luisa no se encuentra con fuerzas suficientes para sufrir más, y yo... no sé qué hacer: estoy desesperado. Tengo miedo, miedo á esa madre murmuradora y al escándalo, sobre todo al escándalo.

MAR. ¡Dios mío, si se enteraran!

ENR. ¡Como tú no lo digas...!

MAR. Mi vida daría mil veces por evitarla el menor disgusto. Pero usté es bueno: usté se casará y vivirán felices.

ENR. No lo sé, María, no lo sé. Voy á buscar á don José: consultaré con él y Dios dispondrá lo que sea. Adiós. (Mutis foro.)

ESCENA VI

MARÍA, sola, luego JOSÉ MARÍA y CORO INTERIOR

MAR. Vármame Dios y qué trastornos traen las locuras. (Se oye á lo lejos las esquilas del ganado.) Ya vienen los trabajadores del campo. Pronto estará aquí mi Joselillo.

Música

J. MAR. (Dentro lejos.)
Por llegar más aprisa
voy por la senda,
pa ver pronto los ojos
de mi morena,
y cuando llego,
con la luz que derrama
me queo ciego.

MAR. Ya está ahí José María.
Ya me late el corazón.
El es toda mi alegría,
él es toda mi ilusión.

CORO (Dentro.) Corre, mulilla,
salta jarales,
y no tropieces
en los breñales.
Corre, mulilla, corre,
marcha ligera,
que en el pueblc me aguardan los brazos
de mi morena.

J. MAR. (Saliendo foro. Trae la azada que deja en el suelo junto á la puerta.)
¡Serrana mía!

MAR. ¡Mi Joselillo!

J. MAR. ¡Mi morenilla!

MAR. ¡Mi gitanillo!

J. MAR. Ven, arrímate á mi vera,
que yo sienta calor,
pa decirte con fatigas
todo el fuego de mi amcr.
Ven, morenilla,
que estando juntos,
no hay ná más bueno
pa mí en el mundo.
Mare de mis ojos,
niña de mi vía,
tú eres mi consuelo,
tú eres mi alegría.
Como te quiero,
naide en el mundo
ni te ha querío

ni te querrá,
que un cariño
tan profundo,
no he sentío
yo en jamás.
Te quiero con toa mi vía,
te quiero con tó mi cuerpo.
Te quiero, serrana mía,
y loco me estoy gorviendo
al ver tu cara
y al ver tus ojos,
chiquilla mía,
me vuelvo loco.
Dí si es verdad que me quieres
como yo te quiero á tí.

MAR. (*En un arranque de inmensa pasión.*)
Te quiero más que á mi mare,
te quiero más que tú á mí.
Como te quiero,
naide en el mundo,
ni te ha querío
ni te querrá,
que un cariño
tan profundo,
no he sentío
ni en jamás.
Te quiero con toa mi vía,
te quiero con tó mi cuerpo:
te quiero, chiquillo mío,
y loca me estoy volviendo
con esas cosas
que estás diciendo.
¡Ay, mare mía,
me estoy muriendo!
Conque ya ves, embustero,
como yo te quiero á tí.

LOS DOS Te quiero más que á mi mare.
Te quiero más que tú á mí.
Estas son
fatiguitas de muerte.
Esto es dicha
y placer y gozar.
¡Ay, bendigo
mil veces la suerte,

no hay quien tenga
más felicidad.

MAR. Nunca te olvidaré.
J. MAR. Nunca te he de olvidar.
MAR. Siempre tuya seré.
J. MAR. Siempre mía serás.
LOS DOS Y podremos la vida
juntitos pasar.
No hay quien tenga
en el mundo
más felicidad.

Hablado

J. MAR. ¿De veras me quieres?
MAR. ¡Vaya una pregunta!
¿Acaso no sabes
que mi *vía* es tuya?
J. MAR. ¿Podrás olvidarme?
MAR. ¿Yo olvidarte? ¡Nunca!
(Con inmensa pasión.)
Cuando no te veo
me asaltan mil dudas,
y si tardas, pienso
que otro amor ocultas;
que ya no me quieres
y mi ser se ofusca
y dentro del pecho
siento horrible angustia,
y busco la muerte (Con pena.)
pensando que alguna
pudiera robarme
la fe que me juras.
Pero vuelvo á verte (Con alegría.)
y cesan mis dudas. (Con toda el alma.)
Son miel tus palabras:
mi amor es locura
y cojo tus manos
y aprieto con furia
pa que de mi vera
no te apartes nunca:
pa que no me robe
tu cariño alguna.

¿Que si yo te quiero?
¿Y á qué lo preguntas
si sabes, chiquillo,
que mi vía es tuya?

J. MAR. (Pausa.) Yo también te quiero
con igual locura.
Si quieren tus amos
cambia mi fortuna
y antes de ocho días
vamos ante el cura
pa que el garabato
por siempre nos una,
y con mi trabajo,
si el cielo me ayuda,
serás de mi casa
la reina absoluta.
Verás si mi vieja
con mimo te arrulla,
y como es tan buena
siempre estaréis juntas,
y más que mi mare
será mare tuya
Y así viviremos
en paz y ventura.
¡Ay! que tu cariño
no me falte nunca,
que también, serrana,
toa mi vida es tuya.

MAR. Yo estoy impaciente
que mi ama es adusta.

J. MAR. Para que se ablande
ya verás mi astucia.
Me marcho. (Sube al foro y recoge la azada.)

MAR. ¡No tardes!

J. MAR. ¡No me olvides!

MAR. ¡Nunca!
¿Me quieres, chiquillo?

J. MAR. ¿Y á qué lo preguntas
si sabes, serrana,
que mi vía es tuya? (Vase foro.)

ESCENA VII

MARÍA, sola

¡Dios mío, que no se turbe mi dicha; que vea yo realizao el sueño de mis ilusiones! ¡Virgen de la Soledad! (Vase primera izquierda.)

ESCENA VIII

DON JOSÉ y ENRIQUE, foro

JOSÉ Nada, nada, amigo mío: es preciso tener ánimo y que las cosas terminen pronto y bien. Usted cometió la falta; usted debe repararla y dejar á salvo la honra de esta familia.

ENR. Sus tíos, con quienes ella vive, están enterados de todo y son buenas personas, pero francamente, don José, esa madre, esa medre me da miedo.

JOSÉ Tiene usted razón; pero, amigo mío, por eso mismo hay que evitar el mal cuanto antes. Esa mujer es tan mala, que con tal de hablar mal de usted sería capaz de publicar la deshonra de su hija. Todos le llaman á usted el Tenorio del pueblo. Hasta de mi mujer, que es una santa, se atreve á murmurar, soltándole indirectas con usted; sí, amigo mío, con usted.

ENR. Usted ya me conoce: juro á usted por mi madre...

JOSÉ Tengo fe ciega en ella. Murmura de todas: hasta de la criada, de la pobre María Jesús.

ENR. Pero en eso hay casi una razón justificada. Ya sabe usted que María Jesús está enterada de todo: que cuando averiguó nuestros amores juró que no los descubriría y yo he tenido que hablar con ella, respecto á Luisa, á altas horas de la noche: nos habrá visto y

be ahí la razón. ¡Ah, qué infame es la calumnia!

JOSÉ ¡Calcule usted, si llegara á oídos de su novio! La duda siempre queda en el alma. Nada, amigo Enrique: llamamos á don Alberto, se le dice la verdad de cierta manera, se casa usted y se lleva á su mujercita, lejos, muy lejos: los malos no adquieren las virtudes de los buenos.

ENR. Haga usted lo que quiera. Estoy pronto á cumplir con mi deber.

JOSÉ (Llamando.) ¡Don Alberto!

ESCENA IX

DICHOS y DON ALBERTO primera izquierda

ALB. (Dentro.) ¿Quién me llama?

JOSÉ Venga usted aquí, mal tresillista, que quiero darle á usted codillo.

ALB. (Saliendo.) ¿Otra vez por mi casa tanto bueno? ¿Qué se ofrece?

JOSÉ Amigo don Alberto, se ofrece y mucho, ¿no es verdad, Enrique?

ENR. Sí tal, y de mucha transcendencia.

JOSÉ Y de mucha importancia. (Es preciso dar á esta escena gravedad cómica, pues de lo contrario resultaría demasiado dramática y es lo que el autor no quiere. El buen criterio de los artistas y el director, interpretarán esta escena en debida forma.)

ALB. ¡Me asustan ustedes!

JOSÉ Pues no se asuste usted que aunque la cosa es grave, no lo es tanto como parece, porque tiene lógica solución, tratándose como se trata de caballeros.

ALB. ¿Pero hemos de tratar de algo? ¡Já, já!

JOSÉ No, no se ría usted.

ALB. ¿Tratado de paz?

JOSÉ Y de unión y concordia, si tenemos la dicha de que no intervenga su señora de usted, y usted dispense.

ALB. Usted la conoce, amigo don José, pero algunas veces... lleva razón.

JOSÉ — También hemos de hablar respecto á ella, pero más tarde.

ALB. — Sentémonos y hablemos. (Se sientan.)

JOSÉ — Vaya, empiece usted.

ENR. — Yo, no: hable usted por mí: estoy emocionado... me faltan palabras... y, en fin, reclamo el apoyo de usted.

ALB. — Vaya, pues sáqueme usted de esta incertidumbre... (¡Ciertos son los toros!)

JOSÉ — Pues allá va:

Hace ya cerca de un año,
que vino á esta población
á prestarle guarnición,
el señor, si no me engaño.
Como el toque militar
alegra los corazones,
á ventanas y balcones
se comienzan á asomar,
por si pescan una ganga,
las muchachas más bonitas;
¡que gozan esas malditas
cuande suena la charanga!
A todos causa ilusión
los músicos cuando tocan,
y las chicas se dislocan
al verlos en formación.
¿Ve usted lo poco que valgo?
pues fuí trompeta en Jaén,
y no hubo una chica, á quien
yo no le tocara algo.
En alegre confusión
van á la tropa siguiendo
las muchachas, discutiendo
el aire del batallón.
«¡Alto!»—grita el comandante—
y una chica diligente
dice mirando á un teniente:
—«¡Qué tipo más elegante!»
Rompen filas los soldados,
y promueven algaradas
las chicas entusiasmadas,
y los mozos escamados.
El teniente se presenta,
y dice á una jovencita:

«Es usted la más bonita
de este pueblo, mi tenienta.»
- -¿Yo tenienta?
—No que no.
—No me cause usted sonrojos.
—Usted las lleva en los ojos,
y en las bocamangas yo.
—¡Jesús, qué cosa tan rara!
¿Yo estrellas?
—De las más bellas:
no he visto en el cielo estrellas
igual á las de su cara.
El mando en esta ocasión
nadie nos disputaría:
yo mando en mi compañía
y usted en mi corazón.
—Hará usted que me convenza
y me ponga colorada.
—-Al principio, avergonzada,
después, con poca vergüenza.
El teniente es atrevido,
y á la chica se dedica,
pero la pícara chica,
que quiere verle rendido,
le combate con furor:
emplaza una batería,
y empieza la artillería
á hacer disparos de amor;
pero el bravo militar
no desmaya ni un instante,
siempre «adelante, adelante»,
la plaza logra tomar,
y como sobre la tierra
no hay soldado que al vencer
no haya logrado coger
algo de botín de guerra,
del botín se aprovechó,
y se encuentra arrepentido,
porque al coger, ha cogido
más de lo que él esperó.
Ya puede usted calcular,
por lo que le referí,
que el vencedor está aquí
dispuesto á capitular.

Quiere casarse con ella
el teniente, sin demora.
Adivine usted ahora
el nombre de la doncella.
(Creo que en esta ocasión
le he prestado á usted mi apoyo;
usted se ha comido el bollo,
y yo llevo el coscorrón.)
(Don Alberto habrá escuchado la relación anterior con marcada indiferencia. El teniente pensativo.)

ALB. Está bien: la cosa es buena.
¿Conque el teniente aguerrido
ha luchado y ha vencido?
Sea muy enhorabuena.
(Gran extrañeza en don José y Enrique.)
Pero debe usted saber
que no me causa sorpresa,
porque *la batalla* esa
la sorprendió mi mujer.
(Con seriedad.)
De todo se halla enterada,
pues vió en más de una ocasión
que usté escalaba el balcón
del cuarto de la criada.
Y no es cosa que me aflija
esa conquista de usté:
solo siento el tiempo que
la he tenido como á hija.
(Pausa.)

ENR. ¿Y no es su hija?

ALB. No tal.

ENR. ¿Pero es cierto?

ALB. Y tan cierto.

JOSÉ (Este señor don Alberto
tiene la cabeza mal.)

ALB. Es fina la tal doncella,
y á mí me parece que
si al cabo se casa usté,
no ha de ser feliz con ella.
(Muy marcado.)
Yo no tengo competencia
en esta ocasión, amigo:
si se casa, en el castigo
llevará la penitencia;

que así como vencedor
fué de la plaza el teniente,
es fácil que se presente
de improviso un invasor
y se lleve en un momento
lo que él ganó con afán.
Ya conoce usté el refrán.
¡Quien hace un cesto hace ciento!
(Todo lo que sigue hasta el final de la escena debe decirse con marcadísima intención. Pausa.)

JOSÉ ¿Ha oído usted, mi teniente,
el consejo que da un viejo?

ENR. Sí tal: y debo el consejo
aprovechar solamente.
Después de lo que he escuchado,
solo tengo que decir
que estoy dispuesto á seguir
el consejo que me ha dado.

ALB. Así estará usté en lo cierto.

ENR. Estoy á la orden de usté.
(Alberto saluda con la cabeza.)

JOSÉ ¡Adiós!

ALB. Abur, don José.

JOSÉ Buenas noches, don Alberto. (Vanse foro.)

ESCENA X

ALBERTO solo: luego JOSEFA primera izquierda

ALB. Tenía razón mi mujer. ¡Parece mentira! Nunca hubiera creído semejante cosa en esa muchacha, pero en fin, á confesión de parte..

JOS. Qué ¿se fué ya ese buen señor?

ALB. Sí, Josefa, sí; ¡qué razón tenías! El mismo teniente acaba de confesarlo todo: que la conquistó y... en una palabra, que la sedujo.

JOS. ¡Esos son tus ángeles! Esas son las virtudes que tú defiendes, pero las pruebas son bien contundentes y las palabras que yo misma he oído no dejan lugar á dudas. ¡La hipócrita! ¡Y aún se atrevía hace un instante á

hablarme de su boda con José María! A decirme que no nos opusiéramos á su felicidad. ¡Já, já! Estoy dispuesta á decírselo todo á su novio y á echarla de mi casa.

ALB. Cuanto antes mejor. Seríamos encubridores de su maldad y la gente nos despreciaría.

JOS. Si mi pobre hija presenciara este caso, se moriría de vergüenza.

ESCENA XI

DICHOS y MARÍA JESUS, primera izquierda

MAR ¿No ha venido aún José María?

JOS. (En tono sentencioso.) Y pídele á Dios que no venga. (Pausa.)

MAR. (Sorprendida.) ¿Que no venga? ¿Por qué razón?

JOS. Me extraña tu cinismo. ¿No tienes conciencia? ¿Pretendes por más tiempo seguir engañándonos á todos?

MAR. ¿Conciencia? ¿Engaños? ¿Engañar yo? ¿Por qué me trata usted con esa dureza?

JOS. Mucho más merece tu conducta.

MAR. Siempre fué usté severa para mí; pero no crei nunca que llegara el día en que la mano que amparó mi orfandad me sirviera de azote. ¿En qué he podido ofender á usted? ¿Cuáles son mis culpas? ¿Cuál es mi delito?

JOS. ¿Y aun tienes valor para preguntarlo? Tu propia conciencia te lo dirá.

MAR. (¿Habrán descubierto?) ¿Pero qué motivos tienen ustedes para decir que yo soy mala? ¡Usté se burla!

JOS. ¡Infame! ¿Así agradeces el pan que comes?

MAR. (¡Dios mío!)

JOS. Tengo más que motivos: tengo pruebas, pruebas evidentes de tu delito: ¡de tu deshonra!

MAR. ¿De mi deshon...? ¡Mentira! (Con indescriptible energía.)

LOS DOS ¿Cómo?

MAR. (Con mayor furia.) ¡Mentira!

JOS. (Dominando.) ¡Represento á tu madre sobre la tierra!

MAR. Por eso mismo: porque recuerdo que mi madre, al morir, suplicaba á usted con los ojos inyectados en lágrimas, que me recogiera, que no me abandonara: porque recuerdo que me besó usté en la frente y me dijo sollozando: «Aún quedo yo en el mundo»; porque la sombra de mi madre se interpone entre su cuerpo y el mío, he dicho á usté que miente, que si otra persona se hubiera atrevido á lanzarme al rostro semejante impostura, me hubiera arrojado sobre ella desgarrándole el corazón entre mis uñas: conque agradezca usté que la respete, porque si mi misma madre se levantara le gritaría con toda la fuerza de mis pulmones: «¡Mentira; eso que tú dices es mentira!» (Pausa. Aquí es donde yo quiero ver la valentía de las tiples.)

JOS. No me intimidan tus amenazas. ¿Recuerdas estas palabras que anoche mismo le decías al teniente? «¡Deshonrada, qué vergüenza, si mis amos lo supieran!»

MAR. (¡Dios mío, Virgen de la Soledad!)

JOS. ¿Lo recuerdas? ¡Yo misma le he visto saltar á tu balcón! ¿Lo recuerdas? ¿Lo niegas también? ¿A quién iba á ver? ¿Te atreverás quizá á decir que no era á tí? ¡Contesta!

MAR. Pues bien... (¡No, no; mi vida antes que perder á mi señorita!)

ALB. Habla.

MAR. (¡No puedo... me ahogo!)

JOS. Dime también ahora que es mentira. Demuestra tu perversa arrogancia, mujer perdida. Deshonra de mi casa. ¿Así agradeces mis bondades?

MAR. (¡Ay, madre, madre de mi alma!) (María Jesús solloza amargamente puesta la mano izquierda sobre el corazón y la derecha sobre la frente. Es el comienzo de un ataque nervioso que va aumentando hasta el final de la escena, en que cae al suelo con los horrores del ataque. Se suplica un detallado estudio de esta situación.)

JOS. Mañana saldrás de esta casa, pero antes es preciso que tu infeliz José María sepa los motivos que me obligan á ello.

MAR. (¡Ay, Vir... gen... mía! ¡Ay!)

ESCENA XII

DICHOS y JOSÉ MARÍA, foro. Sale vestido de día de fiesta

J. MAR. ¿Qué es eso? ¿Qué tiene María? ¿Por qué llora? (Al ver María á José, levanta los brazos como para abrazarle, y se contiene completamente ahogada por el llanto; quiere hablar sin poder articular palabra: llora y ríe al mismo tiempo, se crispan sus nervios y empieza á apoderarse de ella una risa histérica progresiva hasta el momento que cae al suelo.) ¿Qué le han hecho ustedes? ¡Pronto: quiero saberlo pronto!

ALB. ¿Quieres saberlo? ¡Pues sábelo infeliz! ¡María llora su deshonra!

J. MAR. (Aterrrorizado.) ¿Cómo?

MAR. (Dando un grito de horror.) ¡Ah, ah! ¡Já, já, já!

J. MAR. ¡Habla, María, habla: dí que es mentira! (Cogiéndole las manos.)

MAR. (En la plenitud del ataque.) ¡Já, já, já, já!

J. MAR. (Tiene cogida por la cintura á María Jesús.) ¡Habla!

JOS. Ha sido deshonrada por el teniente.

MAR. ¡Já, já, já! (José María la suelta, y María cae al suelo.)

J. MAR. ¡Jesús! (José María cae sollozando en brazos de doña Josefa. Alberto pasa á auxiliar á María Jesús.)

ALB. ¡Dios mío! (Fuerte en la orquesta y telón de boca, rápido.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Telón corto. Vista panorámica, á gusto del pintor. Gran preludio en la orquesta que une con el número siguiente. Es de noche. Al comenzar el número cantado empieza á amanecer.

ESCENA XIII

UNA VOZ y CORO INTERIOR

Música

CORO — Antes que asome
la luz del sol
vé á tu faena
trabajador.

VOZ — Cavando estoy la tierra
toda mi vida
pa ganar el sustento
de cada día.
Triste es mi suerte,
donde busco la vida
tengo la muerte.

CORO — Vé á tu faena,
trabajador,
que se aproxima
la luz del sol.

VOZ — Agua en los mares:
agua en las fuentes:
agua en los ríos,
agua en mi frente.
Riego la tierra
con mi sudor.

CORO — Vé á tu faena,
trabajador.

VOZ — Una novia que tuve
me la pegaba,
y eso que la quería
con toda el alma.
Hoy la que tengo

por mí se vuelve loca,
yo se la pego.

CORO

Vé á tu faena,
trabajador,
que se aproxima
la luz del sol.

MUTACION

CUADRO TERCERO

Mucha luz. Decoración á todo foro. El tajo de Ronda, vista panorámica, á gusto del pintor. Partiendo desde el centro hasta la derecha un gran torrente, sobre él un puente de madera, que se pierda en el bastidor tercero derecha. A la izquierda y arrançancando desde el primer término, la casa de don Alberto, con puerta en el centro y reja á cada lado, con sus correspondientes flores. Esta fachada figura ser la parte exterior de la decoración del cuadro primero, y ha de estar algo oblicua, á fin de que se vea bien la figura de María Jesús, que estará en la reja de la derecha. Al levantarse el telón algunos trabajadores cruzan el puente de izquierda á derecha con aperos de labranza. La puerta estará cerrada.

ESCENA XIV

MARÍA JESÚS en la reja

Hablado

¡Vírgen del Rocío!
¡Madre del Consuelo!
haz que mis palabras
lleguen á su pecho:
haz que no me olvide,
que me estoy muriendo,
que me está matando
tanto sufrimiento:
que sin su cariño
vivir yo no puedo,
¡Virgen del Rocío!
¡Madre del Consuelo!

ESCENA XV

DICHOS y DON JOSÉ, con armas de caza, por el último término izquierda.

JOSÉ Veremos á ver que tal
se nos presenta la caza.
Pero, ¿qué veo? Chiquilla,
¿qué haces ahí de madrugada?
Hoy más temprano que nunca
llega el sol á esa ventana.

MAR. ¿El sol? La noche más bien.

JOSÉ ¡Pues qué más sol que tu cara!

MAR. ¡Ay, don José! La ventura
se ha marchado de mi alma
y en mi boca no hay sonrisas
ni en mi pecho hay esperanzas
ni en mis ojos alegrías.
En mi pecho sólo hay ansias:
sólo en mi boca suspiros,
en mis ojos sólo lágrimas.

JOSÉ Sal aquí y explícame
al punto lo que te pasa.
(María abre la puerta y sale.)
¿A que esta doña Josefa
ha cometido una infamia?

MAR. Ay, don José: usted, que sabe
la verdad de lo que pasa,
comprenderá las tormentas
que está sufriendo mi alma.
Huérfana, sola en el mundo,
hoy me arrojan de esta casa.
Doña Josefa me dijo
anoche que no era honrada,
que el teniente me sedujo,
que soy hipócrita y mala.
Si confieso la verdad,
cometo una vil infamia
con mi señorita, y yo
moriré sin delatarla;
pero he perdido la fe
del hombre que me adoraba,

y siendo inocente y buena,
hoy me veo despreciada,
sin su cariño, sin honra,
y en mi pecho sólo hay ansias:
sólo en mi boca suspiros,
y en mis ojos sólo lágrimas.

JOSÉ — No, levanta esa cabeza
y no llores más, muchacha,
que yo he de hacer que se pruebe
tu virtud inmaculada.

MAR. — Prefiero perderme yo
con tal de que ella...

JOSÉ — ¡Caramba!
Tengo conciencia y no puedo
autorizar una infamia.
(Vase precipitadamente primera caja derecha.)

MAR. — Dios mío, dadme valor
que ya las fuerzas me faltan.
(Vase por la puerta y se coloca en la reja.)

ESCENA XVI

MARÍA en la reja. JOSÉ MARÍA por el último término izquierda con el mismo traje que sacó en la primera salida y la azada

Música

MAR. — (En la reja.)
¡Cuántas veces á la reja
pa hablarle yo salía!
Hoy tan sólo mis suspiros
son mi triste compañía.

J. MAR. — (Dentro izquierda.)
Por tus quereres me vía
en una cárcel metío
con la libertad perdía.
¡Ya ves tú si te he querío,
serrana del alma mía!

MAR. — Pa regá mis flores
no hace falta agua,
porque son mis ojillos dos fuentes
erramando lágrimas.

¡Maldita mi suerte!
De pena me estoy muriendo
sin tener quien me consuele.
(José María habrá salido momentos antes.)

Recitado con la música

MAR. Oye, atiende, mira,
¿Por qué no te paras?
J. MAR. ¿Para qué quieres tú que te mire
si eres una ingrata?
MAR. ¡Escucha!
J. MAR. ¡No quiero!
MAR. ¡Oye una palabra!
J. MAR. Ni media. Me marcho
llevando la azada
pa cabar un pedazo de tierra
y después regarla
con el agua que cae de mi frente
mezclá con mis lágrimas.
MAR. ¿Conque no me escuchas?
J. MAR. Ya lo he dicho y basta.
Continúa con el señorito
de broma y de charla,
y no pienses jamás que en mi vía
te mire á la cara.
MAR. ¡Anda con Dios, hombre!
J. MAR. Que *El* te ayude, ingrata.

Cantado

(Aunque *igo* que no la quiero,
otra cosa siento yo
que no le ha dicho mi lengua
lo que siente el corazón.
¡Pobre mare mía!
Si miraras llorar á tu hijo,
¡cuánto sufrirías!
(José María sube al puente y se va alejando poco á poco, volviendo la cara á cada paso sin llegar á hacer mutis.)
MAR. ¡Maldita sea mi suerte!
De pena me estoy muriendo
sin tener quien me consuele.

ESCENA XVII

DICHOS y DON JOSÉ, tercera izquierda

Hablado

JOSÉ (A José María.)
¿Dónde vas?
J. MAR. A la faena.
JOSÉ Escucha cuatro palabras.
J. MAR. Déjeme usted.
JOSÉ No te dejo.
María es buena y honrada;
por ser demasiado buena
le pasa, lo que le pasa.
Vengo á probar su inocencia.
J. MAR. (Bajando con alegría.)
¿Qué dice usté?
JOSÉ Esta carta,
pone á salvo la virtud
de María, de esa santa.
(José María lee la carta que le entrega don José.)
La mujer que tú desprecias
merece ser respetada,
Ven aquí, María Jesús (María sale.)
deja esa triste ventana
y tú, pídele perdón.
J. MAR. (Emocionado.)
¡María Jesús de mi alma!
MAR. (Con pasión.)
José María.
JOSÉ (Imitándolos.) Abrazarse.
¡Bravo! ¿Y para mí no hay nada?
MAR. (María y José abrazan á don José.)
¡Mi vida!
J. MAR. Es usted el hombre
más güeno que hay en España.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, DON ALBERTO y DOÑA JOSEFA

Jos. ¡Lindo grupo!
Alb. ¡Sí en verdad!
Jos. ¿Proteje usted su falsía?
José Rechazo la villanía
y protejo la bondad.
Mar. ¡Por Dios! (Conteniendo á José María.)
Jos. ¿Pero tú no ves? (A Alberto.)
Pues proteja usted sin tasa,
pero esa infame, en mi casa
no vuelve á poner los pies.
J. Mar. Para mí es una alegría.
José Y para mí es aun mayor
porque tiene otra mejor
que la de ustedes; la mía.
Jos. No, no me causa extrañeza.
Tiene usté á quien dar ejemplo.
José Aquella casa es un templo;
allí hay virtud y hay nobleza;
allí se aprende á rezar;
en el trabajo no hay tasa;
allí se piensa en la casa,
no en mentir ni en murmurar.
Alb. Basta, me está usted faltando
y yo de nadie consiento...
Jos. Yo, ni murmuro ni miento.
José Vaya, ya me voy cansando.
Dice usted perfectamente,
pero está mal enterada;
la que no es pura ni honrada
es su hija solamente.
Alb. ¡Mentira!
Jos. (Furiosa.) ¡Infame!
José ¿Sí, eh?
Alb. ¡Vil calumniador de gentes!
José De los que hay aquí presentes,
no hay más infame que usté.
Bien se lleva usted la palma
en injurias y en afrentas,

pero ajustaremos cuentas
con calma, con mucha calma. (A Alberto.)
Su hija...

ALB. No he de tolerar
sus palabras criminales...

MAR. (Sujetando á don José.)
¡Por Dios!

JOS. Y en los tribunales
lo tendrá usted que probar.

JOSÉ ¡Su hija! (Con decisióu.)

ALB No hay quién me convenza
y ya mi paciencia es harta.
(Don José coge la carta que anteriormente dió á Jose María y se la entrega á don Alberto.)

JOSÉ Lean ustedes esa carta
y muéranse de vergüenza.
(Pausa.—Doña Josefa y don Alberto, leen rápidamente.)

ALB. ¡Dios mío!

JOS. ¡Jesús mil veces!

JOSÉ En su afán de murmurar
ha tenido que apurar
el cáliz hasta las heces.
Y la prueba está bien clara.

JOS. (¡Ya para mí no hay consuelo!)

JOSÉ Usted ha escupido al cielo
y le ha caído en la cara.

ALB. Mas yo creo que el teniente
su falta reparará.
Usted le aconsejará...

JOSÉ Lo veo difícilmente.
(Recordando los versos que dijo don Alberto en el cuadro primero.)
«Yo no tengo competencia
en esta ocasión, amigo.
Si se casa, en el castigo
llevará la penitencia,
que así como vencedor
fué de la plaza el teniente,
es fácil que se presente
de improviso un invasor
y se lleve en un momento
lo que él ganó con afán.
Ya conoce usted el refrán.
¡Quien hace un cesto, hace ciento.»

ALB. Basta; tiene usted razón.
Yo mismo le aconsejé.
JOS. Perdón, perdón, don José.
JOSÉ ¿María, das tú el perdón?
MAR. (Abrazando á doña Josefa.)
Con el alma, sí en verdad.
JOSÉ ¿Ve usted que pecho tan sano?
MAR. ¿Cómo olvidar que esa mano
me recogió en mi orfandad?
JOSÉ Dios es inmenso y es grande
y perdona al delincuente.
ALB. ¿Pero el teniente?...
JOSÉ El teniente
hará lo que yo le mande.
Nada, reine la alegría
ya que así lo quiere Dios.
Yo apadrinaré las dos
bodas en el mismo día.
¡No lloro como un chiquillo!
(A Josefa.)
Usté á coser y á rezar
y nosotros á jugar
para darle á usted codillo.
(Al público.)
Sólo falta tu perdón
que es aquí el más principal;
ya que ha llegado al final
danos vuestra absolución.

Telón y fuerte en la orquesta

FIN

NOTA IMPORTANTE



Los trabajadores, vestirán pantalón largo, alpargatas, en mangas de camisa, faja y sombrero ancho de palma La obra es del día y son *andaluces*, nó *gitanos*. La característica que representa el papel de doña Josefa, ha de hacer un estudio especial de dicho papel; sobre todo, no hay que sacarlo de quicio, es una señora que habla siempre con mala idea, pero no es beata ni debe hablarse con tonillo ó sonsonete alguno, al contrario, ha de tener la sonrisa en los labios.

OBRAS DE VENTURA DE LA VEGA

Zarzuelas en un acto:

El licenciado de Villamelón (1).
Los modelos (2).
Jai-Alai (3).
La cuadrilla del cojo.
Cambios naturales.
Toñuela la Golfa.
Don Tancredo (2).
La chiquilla.
El curita.
La huertanica.
La rondeña.

Comedia en un acto:

Los de Badajoz.

---

(1) En colaboración con E. Ruiz Valle.
(2) Idem id. con J. Arqués.
(3) Idem id. con J. de la Cuesta.

Precio: UNA peseta